

Michael Innes

MUERTE EN LA RECTORÍA

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

 Siruela

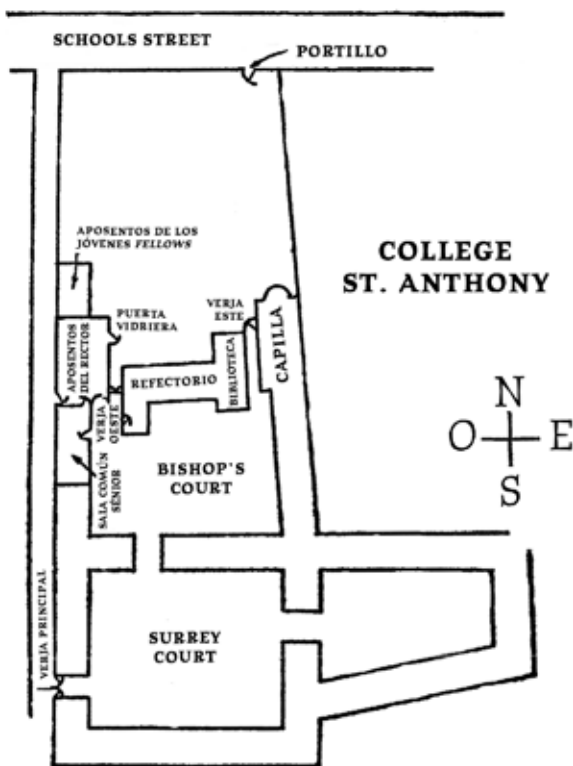
Libros del Tiempo / Biblioteca Clásicos Policiacos

Nota

Los miembros sénior de los *colleges* de Oxford y Cambridge figuran sin lugar a dudas entre los hombres más juiciosos y con los más altos valores morales que haya. Nunca hacen nada aberrante; nunca cometen una temeridad ni se dejan llevar por la precipitación. Conservadores por tradición, su mundo se asocia al conocimiento, la ausencia de mundanidad, una cierta tendencia a incurrir en algún que otro despiste y a protagonizar entrañables y siempre inocentes excentricidades. Como habría dicho Ben Jonson, son personajes perfectos para la comedia; es mucho más fácil darles un pequeño empujón hacia el humor que un giro hacia el melodrama; resultan especialmente inmunes a la psicología un tanto peculiar que requiere la mayoría de las novelas policiacas. Y es una lástima, aunque solo sea por su hábitat —esa estructura material donde hablan, comen y duermen—, que ofrece un marco magistral para los ardidés y las apariencias engañosas, tan apreciadas en el citado género literario.

Por fortuna, existe un lugar en tierras inglesas donde estos razonables y virtuosos hombres se desmoronan tristemente —exhibiendo todos esos síntomas de irritabilidad, impaciencia, pasión y falta de caridad que allanan el camino del novelista—. Es bien conocido que cuando uno de esos hombres de Oxford o Cambridge no «sube» ni «baja», sino que «cruza»

—cuando, en realidad, se dirige de Oxford a Cambridge o de Cambridge a Oxford—, ha de atravesar una región extrañamente hostil para el auténtico sosiego académico. Por un misterioso designio, esta región se encuentra casi a mitad de camino entre las dos antiguas sedes de la sabiduría —próxima a los alrededores, por lo demás intachables, de Bletchley—. Las mentes científicas más simples, acostumbradas a someter a debate sin mayor dilación las circunstancias físicas evidentes, ya apuntaron otrora, a modo de explicación de este hecho, hacia ciertas deficiencias en la austeridad de la estación de tren de Bletchley Junction. Uno debía esperar allí durante tanto tiempo (un argumento indiscutible) y con tan exigua comodidad material que ¿quién no estaría un poco disgustado?



Pero todo ello forma parte del pasado; la última vez que atravesé la estación de tren a toda velocidad me pareció un pequeño paraíso; y, además, mi talante literario es proclive a explicaciones más metafísicas. Prefiero pensar que, a mitad de camino entre las dos fuertes polaridades de Atenas y Tebas, el éter se turba; para un erudito, el aire no resulta ni dulce ni ligero. Y he imaginado que si esos clérigos de Oxford, que siglos atrás emprendieron un intento de secesión, hubiesen ido a Bletchley, podrían haber levantado la universidad —o al menos el *college*— que yo deseaba para esta historia... Quienquiera que consulte un mapa cuando lea el capítulo X comprobará que he actuado siguiendo mi imaginación. St. Anthony es un colegio ficticio que forma parte también de una universidad ficticia. Y sus *fellows*¹ son todos personajes de ficción, sin sustancia y (estimado e indulgente lector literario) sin el menor manto de ficticia verdad que pueda cubrir su desnudez. Son fantasmas; he aquí una escena de un mundo puramente imaginativo.

¹ Miembros del cuerpo docente y de la junta rectora de una universidad, sobre todo en Oxford y Cambridge. Suelen impartir clases. (*N. de la T.*)

I

La vida universitaria, observó el doctor Johnson, raras veces nos sitúa ante un caso de muerte fuera de lo común. Esa no fue la experiencia que tuvieron los *fellows* ni los estudiantes del *college* St. Anthony cuando despertaron una gélida mañana de noviembre y descubrieron que Josiah Umpleby, su rector, había sido asesinado durante la noche. El crimen resultaba a la vez fascinante y extraño, eficaz y teatral. Era eficaz porque nadie sabía quién lo había cometido. Y era teatral por la macabra e innecesaria puesta en escena con la que el asesino, no tardó en rumorearse, había adornado su obra.

El *college* bullía. Si el doctor Umpleby se hubiese suicidado, el decoro habría exigido cierto recato y la represión de toda curiosidad pública y fuera de lugar. Pero un asesinato, y un asesinato misterioso además, fue percibido casi de inmediato como una aquiescencia para una abierta excitación y especulación. Para cuando dieron las diez de la mañana el día del suceso, habría resultado obvio hasta para el catedrático más abstraído, acostumbrado a caminar sin prisa por los patios con la mirada introspectiva puesta en el problema del histórico Sócrates, que la paz de St. Anthony se había visto bruscamente alterada. Las grandes verjas de la entrada principal permanecían cerradas; todo aquel que entrase o saliese era sometido al excepcional escrutinio por parte del conserje superior y de un sargento de

policía con uniforme. En la ventana norte de la biblioteca podía divisarse otra silueta uniformada vigilando las ventanas, con las cortinas totalmente corridas, en el despacho del rector. Las numerosas escaleras, con las que la construcción de factura medieval había logrado dilatar la institución del interminable pasillo, bullían con el paso alerta de los estudiantes, que subían y bajaban para comentar la desgracia con sus amigos. Poco antes de las once, una hoja de papel —discreta, pero expuesta fuera del *college* en contra de lo habitual— informaba a los estudiantes externos de que no se celebraría ninguna clase ese día en St. Anthony. A las doce, los periódicos locales ya habían colgado sus carteles en las calles —y en ninguna otra ciudad habrían publicado algo tan contenido como hicieron: «Repentina muerte del rector de St. Anthony»—. Pues en los periódicos mismos se relataba el suceso: ¡El doctor Umpleby había recibido un disparo letal!, se sospechaba que de forma deliberada y por un autor desconocido. A lo largo de la tarde, un pequeño corrillo de ociosos vecinos fue agolpándose distraídamente en la acera de enfrente de St. Ernulphus Lane y satisficieron su curiosidad clavando la mirada en la larga hilera de adinteladas ventanas de estilo Tudor con parteluces grises, detrás de las que había ocurrido tan misteriosa tragedia. Mientras tanto, el suceso local se convertía en noticia de alcance nacional. A las cuatro y media de la tarde, cientos de miles de personas en Pimlico, Bow, Clerkwel, en las recientes afueras de Londres que habían crecido como hongos y en las recónditas callejuelas de Westminster, añadían un nuevo nombre a su conocimiento de una ciudad universitaria muy lejana. Las últimas ediciones igualaron a este público con los ociosos vecinos, puesto que la larga hilera de ventanas de estilo Tudor llenaba sus portadas en una fotografía en perspectiva. A las siete de la tarde, se descargaba una cuádruple entrega de estos diarios de la capital al alcance de la voz del mismo St. Anthony. El sosiego monacal del *college* había quedado definitivamente hecho añicos.

Pero la calma de la que disfruta gran parte de la universidad en el siglo xx es una calma engañosa. Día y noche la enorme aglomeración de Londres, a apenas cien kilómetros de distancia, reclama suministros; día y noche envían sus pro-

pios productos. Y día y noche, sus venerables calles, que han recorrido una y otra vez muchas generaciones de estudiantes y poetas con una calma meditativa, resuenan con el rugido de los medios de transporte modernos. De día, la ciudad ofende los sentidos; los autobuses locales y los innumerables coches de estudiantes atestan las estrechas calles como un torbellino. Pero al caer la noche, el lugar se vuelve únicamente una arteria de paso; a ritmo constante e implacable, con tan solo alguna pausa suficiente para permitir una inquieta expectación, enormes vehículos pesados que viajan de noche y camiones de transporte moderno atraviesan la ciudad con un sordo rugido. Y día y noche, conforme pasa el incesante flujo, la piedra gris y erosionada, que se extiende en un suave meandro de puente en puente, respira y se estremece, como ante el golpe de un enorme martillo sobre la tierra.

En medio de esta agitación general, St. Anthony no deja de ser afortunado. Solo entre los *colleges* que están en primera línea de semejante estrépito, goza en este aspecto de un amplio jardín, el famoso huerto de Orchard Ground. Al abrigo de cierta intimidad gracias a un muro de tres metros y medio, coronado con un elevado y decorativo enrejado, un gran césped adornado con una densa arboleda de manzanos que se extiende hasta toparse con el primero y más macizo conjunto de edificios del colegio: la capilla, la biblioteca y el refectorio. Más allá de esta gran barrera, en Bishop's Court, apenas se percibe el zumbido del tráfico. Y todavía más allá se encuentra la parte más antigua del *college*, el patio medieval de Surrey Court con sus elevados arcos de estilo gótico inglés primitivo y la verja principal que se abre sobre St. Ernulphus Lane, que casi roza la inviolada paz de los prados de King Alfred's Meadows. La antigua ciudad todavía conserva sus ámbitos predilectos para los soñadores.

Sin embargo, el enorme huerto de Orchard Ground había sido de cuando en cuando el lugar elegido para actividades muy poco tranquilas. Los estudiantes de primer ciclo de St. Anthony habían protagonizado en él revueltas, practicado la caza del zorro e incluso introducido de contrabando y con nocturnidad una cerda de considerable tamaño, a punto de parir. Por todo

ello, hacía ya tiempo que Orchard Ground permanecía cerrado por la noche; los jóvenes estudiantes del *college* no podían acceder a él después de las diez y cuarto. Los mayores, los *fellows*, disponían de una llave: para cuatro de ellos que se hospedaban en Orchard Ground tener una llave resultaba esencial... Y sobre Orchard Ground, de ese modo absolutamente aislado de noche, se abría la puerta vidriera del despacho donde se había descubierto el cuerpo del doctor Umpleby.

II

Eran las dos y cuarto cuando el gran Bentley amarillo salió con toda celeridad de New Scotland Yard; se detuvo delante de St. Anthony en el mismo instante en que las campanas daban las cuatro en punto. Raras veces, reflexionó el inspector John Appleby, lo habían enviado con tanta premura a investigar un presunto caso de asesinato ocurrido más allá de los límites de la capital. Y, desde luego, su llegada a bordo del vehículo más lujoso de Scotland Yard suponía toda una señal y un símbolo de la actuación de augustas fuerzas: esa mañana, el decano de St. Anthony se había reunido de urgencia con el vicescanciller; el vicescanciller se había apresurado a su vez a llamar por teléfono al lord canciller de Inglaterra, alto administrador de la universidad; el lord canciller se puso en contacto sin perder un segundo con el ministro de Interior... No era improbable, pensó Appleby mientras bajaba del coche rápidamente, que las autoridades locales sintieran que el poder central se les había lanzado, un tanto bruscamente, a la cabeza. Por tanto, se sintió aliviado al descubrir, mientras una asustada camarera lo conducía hasta el comedor del finado rector, que la autoridad local no era otro sino un viejo conocido suyo, el inspector Dodd.

Estos dos hombres presentaban un contraste interesante: no tanto el contraste de dos generaciones (aunque Appleby era el más joven por una veintena de años) como de dos épocas de la vida inglesa. Dodd, un hombre tosco, lento, sin mucha educación y con una forma de hablar de tal pureza dialéctica

que un filólogo habría podido nombrar la parroquia donde había nacido; sugería una Inglaterra todavía esencialmente rural —y una Inglaterra donde un asesinato, cuando se cometía, era claro y brutal y requería menos de la ciencia y de las habilidades de un detective y más de una vigorosa acción física—. Había adquirido el procedimiento habitual, pero era fundamentalmente una persona sin preparación ni cualificación, que confiaba en una agudeza innata y concisa aunque a veces imprecisa, al tiempo que conservaba un aspecto recio y propio, tanto en sus modismos mentales como lingüísticos. A su lado, la personalidad de Appleby parecía en un primer momento débil, eclipsada en parte por una larga disciplina de estudio, como un cirujano cuya maestría se hubiese especializado en los límites de una única técnica quirúrgica. Pues Appleby era el eficiente producto de una edad más «desarrollada» que la de Dodd; una edad en la que nuestra civilización, multiplicando sus elementos mediante división, había producido, entre innumerables productos altamente especializados, el altamente especializado asesino así como el altamente especializado cazador de asesinos. No obstante, había algo más en Appleby que el producto de una intensa formación de una academia de policía moderna. Una actitud contemplativa y una mente analítica, aplomo así como fuerza, reserva más que cautela —estas eran quizá las señales de una latente educación más liberal—. Lo que a la postre resultaba formidable en Appleby era su inteligencia, cultivada aunque todavía libre, del mismo modo que lo que resultaba formidable en Dodd era esa mezcla de tradición y sabiduría del terruño.

Era de esperar que ambos hombres chocaran: así como cabía esperar que con un poco de buena voluntad llegaran a entenderse. Y ahora Dodd, con sus casi cien kilos de peso y un cansancio poco habitual en él (llevaba trabajando en el caso desde primeras horas de la mañana), se levantó raudo para recibir a su colega en un arrebato de cordialidad.

—Ha llegado el detective —dijo con una risa ahogada tras intercambiar los saludos de rigor—, y el agente de policía del pueblo entrega el cuerpo con todos los malinterpretados indicios hasta el momento.